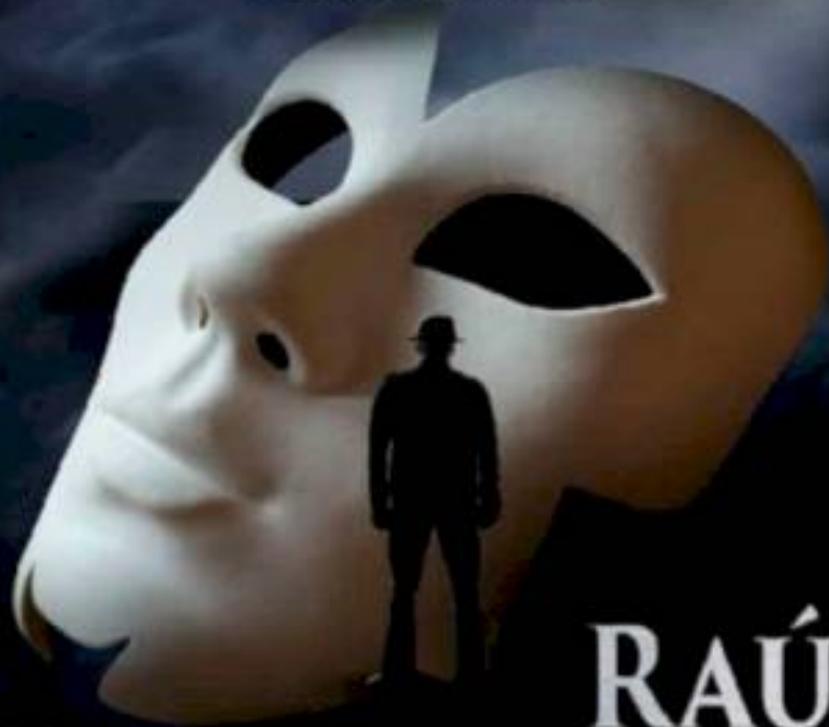




# EL FANTASMA ENMASCARADO

Una historia de misterio, crímenes e intriga  
de NATHAN JERICO



RAÚL  
GARBANTES

Nathan Jericho es un hombre anticuado y el detective perfecto para clientes que necesitan resolver casos imposibles. Son especialmente las mujeres en apuros quienes tienen una afinidad especial con el detective caradura y hallan en él un protector reservado que no cesará en su empeño por hallar la verdad, sin importar los riesgos. En esta oportunidad una viuda desequilibrada solicita sus servicios para que la salve de ser asesinada por su esposo, el cual ha muerto hace muchos años y ahora se le aparece usando la misma máscara que llevaba el día que la conoció en un baile de disfraces. ¿Cómo es esto posible? ¿Testimonio de locura o experiencia paranormal? Jericho no cree en historias de fantasmas y deberá resolver este misterio antes de que sea demasiado tarde.

# EL FANTASMA ENMASCARADO

Raúl Garbantes

## El Fantasma Enmascarado

*Illinois, 1960*

El silencio nocturno apenas era interrumpido por el sonido de un gato cazando ratas entre la basura o algunos pocos vehículos que pasaban a toda prisa por las calles despejadas. Nathan Jericho se apostó en un callejón solitario escondido de la vista de quienes pasaran por la calle principal, enfundado en una gabardina gruesa y un sombrero que cumplía la función de cubrir por completo su rostro cuando mantenía la cabeza gacha, a la vez que terminaba de fumarse un cigarrillo. Aunque nunca se atrevieran a hacerlo en su presencia, Jericho sabía que en las oficinas de policías solían burlarse de él por su actitud anticuada. Acostumbraban a llamarlo «el gemelo Bogart», en referencia al actor Humphrey Bogart y su rol del detective Sam Spade en la célebre película *El halcón maltés*. A Jericho no le molestaban las comparaciones porque respetaba el trabajo de Bogart como actor y a pesar de que fuera una visión idealizada del oficio de detective era inevitable para él no gustarle una película como aquella.

En un sentido estricto, los detectives privados en el mundo real eran muy distintos a los «Spade» y los «Marlowe» retratados por las ficciones escritas hace dos décadas, especialmente en tiempos de supuesta paz y orden, un nuevo mundo en donde hombres como aquellos ya no parecían tener cabida. Jericho se había conformado con aceptar que tampoco era la clase de hombre que tenía cabida en la época que le tocó vivir. Por eso inspiraba igual cantidad de burlas como de miedos adonde quiera que llegara. Con su aire misterioso y el gesto rudo que delimitaba las facciones de su rostro, haciéndolo lucir mucho menos joven de lo que era, para quienes lo conocían quedaba claro de inmediato que Jericho no era un detective convencional y

quizá esa era la razón por la cual muchos lo llamaban. También contribuía su innegable atractivo físico, el cual inspiraba a muchas «mujeres en apuros» a contratar sus servicios, porque esa misma mezcla de aspereza y virilidad pasada de moda les otorgaba una sensación de seguridad que jamás encontraban en otros detectives, tan impersonales como aburridos en su apariencia, no muy distintos de cualquier burócrata tras un despacho perfectamente ordenado.

A pesar de la cuidada pose que aparentaba distracción, lo cierto era que Jericho estaba trabajando. Llevaba mucho tiempo de pie en el mismo lugar, mientras contaba las horas, esperando que algo ocurriera según sus estimaciones, a la vez que despejaba su mente para aclarar sus ideas cerca de la escena de un futuro crimen del caso en el cual trabajaba desde hace dos semanas atrás. En ese momento las investigaciones experimentaban el comienzo de esa fase susceptible de ser clasificada como «callejón sin salida». En ese sentido los primeros hallazgos dejaron de parecer esclarecedores, las pistas se volvieron confusas y la certeza de que se llegaría a una resolución se convirtió en una posibilidad poco fiable. A menos que ocurriera un acontecimiento esa misma noche, no había otras pistas que pudieran llevarlo a una posible solución. Si esto sucedía, Jericho hallaría nuevas alternativas allí donde otros detectives se frotaban las manos, ya que recibían dinero que no era reembolsable y luego alegaban que hicieron su mejor esfuerzo pero que se trataba de un caso insoluble. Jericho no ofrecía este tipo de excusas, por muy angosto que fuera ese «callejón sin salida». Nunca declaraba que había hecho su mejor y más grande esfuerzo para dar una negativa como excusa por no conseguir los resultados que el cliente esperaba. Simplemente agotaba todas las posibilidades a su alcance y no descansaba hasta conseguir una explicación, incluso si no hallaba a un culpable.

Mientras consumía su cigarrillo analizaba los acontecimientos con la mirada puesta en la ventana del apartamen-

to donde podría ocurrir el suceso que obligó a aquella mujer a pagar por sus servicios. No necesitaba entrar, ni tampoco le hacía falta estar allí en verdad, para ver con claridad los detalles del lugar que su memoria era capaz de recrear con absoluta fidelidad tal como los vio la primera vez, sin perder ningún mínimo detalle. Ese era una de sus «habilidades especiales» como detective, aunque técnicamente se trataba de un simple defecto en su mente, bajo lo que era reconocible como una «memoria eidética», o al menos eso era lo que consiguió investigar. No era una «habilidad» común, pero existían otros casos en el mundo. Jericho no se vanagloriaba de ello ni de ninguna de sus otras habilidades, como los sentidos agudizados y una formidable resistencia física. Prefería mantener un bajo perfil y hacer uso de ellos sin que nadie lo reconociera por estos talentos. En su trabajo resultaba de gran utilidad, ya que sus adversarios, al no ser conscientes de estas ventajas, lo subestimaban.

En otro contexto y bajo otras circunstancias, Jericho habría sido considerado un hombre dotado capaz de atraer toda clase de intereses sobre su persona. Lo mejor era actuar con prudencia. Quizá se tratara de un asunto genético, pero como no conoció a sus padres y, en cambio, se crio en un orfanato no lo podía afirmar. De cualquier manera le daba seguridad tener una explicación medianamente lógica para definirse, aun cuando era mucho lo que desconocía sobre sí mismo y su pasado. Lo mejor era alimentar la certeza de que, aunque se desconocieran todos los hechos o las evidencias, siempre existía alguna respuesta capaz de explicar lo aparentemente imposible, incluso cuando muchas veces esta respuesta no estuviera a nuestro alcance. Para Jericho bastaba con saber que existía una explicación irrefutable que todavía no había descubierto. No creía en lo extraordinario. La sola idea de que algo azaroso y sin motivo, o sobrenatural y meramente divino, sustituyera las razones o estructuras del pensamiento era demasiado insoportable como para siquiera contemplarlo como posibilidad.

Una vez más Jericho esperaba por el momento crucial en torno a un caso que lo llevó a una encrucijada: seguir adelante o desertar. Esa misma noche llegaría a una resolución, pero antes realizaba un recuento de todo lo que sabía hasta el momento, de todo lo que desconocía y todo lo que sería necesario saber si quería triunfar.

Empezó una semana atrás, cuando una mujer ya no joven pero todavía no muy vieja se presentó a su oficina de manera intempestiva, demandando su ayuda en medio de una crisis que desembocó en llanto.

—¡Nadie quiere creerme! —sollozó la mujer aún sin presentarse debidamente—. Estoy segura de que solo usted podría ayudarme. Discúlpeme por hallarme en este estado. Lo que ha ocurrido ha sido terrible.

Jericho se dispuso a observarla en silencio casi sin parpadear, esperando que aminorara su afectación, no sin antes ofrecerle un pañuelo y señalarle un asiento frente a su escritorio para que siguiera llorando. Este gesto amable fue suficiente para que ella se sintiera con confianza de seguir llorando, al mismo tiempo que miraba a su alrededor, evaluando la oficina improvisada del detective dentro del apartamento donde también vivía. Para muchos clientes tal revelación resultaba pintoresca, en el mejor de los casos, o decepcionante para quienes alimentaban la idea de que un detective profesional debería tener un espacio con aspecto de oficina casi semejante al consultorio de un médico.

La mujer no dejó de llorar, intentando disimular el rostro demacrado tras el pañuelo que Jericho le ofreció. Cada vez que intentaba hablar para disculparse las lágrimas escapaban presurosas de sus ojos y se quedaba a medio camino entre las palabras. Jericho se acercó a ella y con un gesto firme pero galante puso una mano sobre sus hombros.

—No se preocupe, señora —declaró Jericho con un tono condescendiente—. Tómese el tiempo que quiera. Estoy aquí para ayudarla.

Sus palabras sonaron afables, pero en ningún momento denunciaron ninguna inflexión que pudiera interpretarse como debilidad. La mujer alzó el rostro para encontrarse con la mirada firme de Jericho y eso la hizo calmarse. Su seguridad tenía un efecto instantáneo para lograr que las mujeres se rindieran a sus encantos sin hacer grandes esfuerzos para conseguirlo, especialmente si se trataba de mujeres en apuros, las cuales sentían cierta debilidad por Jericho, hallando en él un potencial protector.

—Es usted tan amable, detective —agradeció la mujer—. He sido una grosera por entrar de ese modo sin siquiera presentarme. Mi nombre es Martha.

—Nathan Jericho, como bien saben los que llegan hasta acá —correspondió Jericho con un brillo encantador en los ojos—. Pero prefiero que me digan simplemente Jericho, sin tantas formalidades. ¿En qué puedo ayudarla?

Al decir esto el semblante de la mujer se ensombreció, ya que su breve distracción fue interrumpida al recordar las razones que la llevaban a aquel sitio. De nuevo las lágrimas quisieron asomarse, pero Martha hizo el esfuerzo de contenerse, animada por la necesidad de demostrarle a Jericho que podía ser fuerte y así enmendar su entrada poco ortodoxa a la oficina. Jericho la evaluaba de arriba abajo, pero sin que su rostro reflejara el más mínimo de sus pensamientos. Cuando dejó de lloriquear se dio cuenta enseguida de que estaba ante una mujer tan refinada como atractiva, apenas coqueteando con los primeros años de su madurez. Ahora apreciaba con mayor detenimiento las voluptuosas piernas que se entreveían bajo la falda que le llegaba hasta las rodillas. Fue en ese momento cuando reparó en el hecho de que estaba toda vestida de negro, y su conclusión al respecto no dejó lugar a dudas: se trataba de una viuda.

En las oficinas de detectives, y eso incluía la suya, las viudas representaban un tipo de cliente usual. Ya sea porque necesitaban resolver algún asunto que las favoreciera en la herencia, o porque querían descubrir alguna amante

que sus esposos hubieran tenido mientras vivían, o en algunos casos, para descubrir quiénes asesinaron a sus cónyuges, siempre habría alguna viuda en necesidad de un detective. Por lo tanto, Jericho se hacía una idea de lo que esta mujer quería antes de que lo declarara. Sus llantos no parecían falsos ni exagerados, como acostumbraban a sollozar algunas para conseguir descuentos o incluso un servicio gratuito. Había un cierto descuido en su aspecto y sus modales que confirmaban el dolor que la embargaba, impulsándola a llorar: el maquillaje corrido, el cabello despeinado y el ceño fruncido incluso en estado de reposo. Jericho era un experto en identificar a un mentiroso, sobre todo cuando se trataba de mujeres manipuladoras que intentaban fingir fragilidad para despertar el instinto protector de otros hombres. En el caso de Martha, no parecía estar persiguiendo su condescendencia, sino más bien intentaba mostrarse avergonzada por haberse revelado tan indefensa al principio.

—No sabría cómo empezar —argumentó Martha—. Lo que me trae a esta oficina es un suceso que ocurrió hace dos semanas. Sin embargo, hay unos datos sobre mi vida que debe conocer para que comprenda mejor la situación de lo ocurrido. Espero que no sea rudo a la hora de juzgarme, aunque si no quiere aceptar el caso lo comprenderé. Solo le pido que me dé una negativa sin añadir ningún comentario que me haga sentir más avergonzada de lo que estoy.

A Jericho le intrigó que su potencial clienta hiciera este tipo de advertencia, dando a entender con ello que se trataba de un asunto delicado, o al menos lo suficientemente sensible y susceptible de generar un juicio desaprobatorio al tratarse de una mujer «decente». Esta sola posibilidad avivó la curiosidad de Jericho por descubrir la historia que Martha ocultaba y evaluar por sí mismo qué tan escandaloso era aquello que evidentemente la hacía sentir tan compungida como avergonzada.

—Este es un territorio libre de prejuicios —prometió Jericho—. Si me dedicara a juzgar a las personas por lo que han hecho o dejado de hacer, simplemente no podría dedicarme a este oficio. Mientras el cliente pague, yo me limito a cumplir mi trabajo. Confíe en mí porque quizá podría ayudarla. Cuénteme su historia. Mientras más específicos sean los detalles, mucho mejor. Hasta la circunstancia aparentemente más insignificante podría ser crucial para resolver un caso.

Al hablar con sus clientes Jericho era directo y persuasivo en su discurso, ofrecía sus servicios así como su confidencialidad, pero dejaba claro que no haría nada gratis.

—En el caso de que quiera tomar mi caso, el dinero no será un problema —subrayó Martha—. Por la ropa que visto usted ya habrá supuesto enseguida que soy una viuda. Mi esposo murió hace siete años debido a un paro cardíaco. Éramos un matrimonio sin hijos y tras su muerte heredé toda su fortuna. Nunca pedí ser una mujer rica, ni lo habría querido así si el precio era perder al único hombre que he amado. Nunca compartí mi cama con ningún otro luego de su muerte. O al menos así lo cumplí hasta que falté a mi promesa hace dos días. Por favor, le pido de buena fe que no tome conclusiones apresuradas. Es muy difícil para mí hablar de estos temas con un hombre a quien no conozco.

—Prometo que no las tomaré —respondió Jericho de inmediato sin mostrarse sorprendido ante la revelación que le hiciera—. En todo caso, si le da mayor seguridad, sepa que no veo nada reprobable en lo que ha hecho. Usted tiene derecho a continuar con su vida.

—Es que no lo entiende, detective —repuso Martha negando con la cabeza—. El problema no es que haya estado con otro hombre, lo cual jamás hubiera hecho porque hice una promesa de fidelidad en su lecho de muerte. El problema es que estuve con el fantasma de mi esposo. Ahora tengo mucho miedo.

En este punto Jericho se mostró sorprendido, algo que difícilmente ocurría a esas alturas tras años de carrera como detective, ya que se trataba del tipo de afirmaciones que contradecían la realidad y asomaban la posibilidad inadmisibles de lo extraordinario. La convicción con que Martha hizo esta afirmación fue lo que descolocó a Jericho, ya que ella parecía aceptar tal premisa en desacuerdo con la realidad como una certeza irrefutable.

—No comprendo lo que me dice —recalcó Jericho tras un largo silencio—. Ha dicho que su esposo ha muerto. ¿No es así? ¿Existe alguna posibilidad de que no lo esté?

—Mi esposo murió, de eso no hay duda —aclaró Martha—. Y me imagino lo que estará pensando, pero no intento buscar explicaciones enrevesadas. A su cadáver se le hizo una autopsia antes de ser velado y enterrado. Yo misma lo ordené para descartar cualquier posible alternativa distinta a la muerte natural. Por lo tanto, le aseguro que mi esposo murió y no hay manera de que pueda estar vivo. Revise el informe médico de la autopsia y el acta de defunción. Los he traído conmigo.

Martha abrió su bolso y extrajo los documentos mencionados para extenderlos a Jericho, quien seguía desconcertado por sus palabras. Los leyó con detenimiento sabiendo de antemano que ya su mente había creado una copia imborrable si quería evaluarlos de nuevo. No había nada extraño en aquellos documentos, e incluso reconoció la firma de algunos funcionarios que seguían trabajando en expedir dichos certificados y a los cuales conocía en persona. Eran perfectamente legales y no presentaban ningún error o ninguna falta que acusaran algún engaño.

—Entonces, ¿por qué asegura que ha estado con su esposo? —preguntó Jericho con un tono mordaz—. Comprendo que ha dicho «el fantasma de su esposo», pero es consciente de que eso no puede ser verdad. ¿No es así?

—Comprendo su escepticismo —refutó Martha—. Cualquiera que no sea yo pensaría que es una locura lo que es-

toy afirmando. Si tuviera una explicación mejor se la daría. Y no, no crea que me he inventado una historia para justificar mi desliz y sentirme menos culpable. Solo mi esposo podría haber actuado de la forma en que aquel hombre lo hizo, y debía conocer detalles sobre nuestras vidas que nadie más sabía. Por eso tengo mucho miedo. La historia se está repitiendo. Amo mucho a mi esposo, pero no quiero morirme. Necesito que me ayude a comprender lo que está ocurriendo, a buscar esa explicación lógica que nos permita prevenir una desgracia.

Martha volvió a romper en llanto, a pesar del autocontrol que intentó ejercer sobre sí misma durante el tiempo que estuvieron conversando. Jericho necesitaba que se calmara para poder escuchar su historia hasta el final.

—Me gustaría ayudarla —insistió Jericho—. Pero antes debe contarme lo que ha ocurrido. Comprendo que pueda ser muy difícil para usted recordar ciertos acontecimientos, pero si no lo hace nadie podrá ayudarla a evitar una desgracia, tal como dice.

Martha se estrujó la nariz y se secó las lágrimas intentando calmarse conforme a la sugerencia de Jericho. Respiró profundamente varias veces con los ojos cerrados antes de decidirse a hablar.

—Primero le contaré cómo conocí a mi esposo —expuso Martha—. Esa historia es imprescindible para comprender por qué le aseguro que se trata de su fantasma. Henry y yo nos conocimos hace quince años, cuando yo apenas comenzaba la veintena. Fue amor a primera vista, incluso antes de que pudiéramos vernos tal y como éramos realmente. ¿Alguna vez ha experimentado un sentimiento similar?

Según el informe médico, el mentado esposo de Martha murió antes de cumplir cincuenta años. Actualmente su esposa debía estar rondando esa edad, por lo cual Jericho reparó enseguida que ella debió ser más joven que él al menos por diez años de diferencia. En cuanto a la pregunta

formulada por Martha, el detective guardó silencio durante un largo minuto. No porque debiera meditar su respuesta, sino porque le desagradaban este tipo de interpelaciones en torno a su vida sentimental.

—Me temo que no —afirmó Jericho—. Además del deseo natural que pueda experimentar por alguna mujer durante un espacio de tiempo generalmente breve, no he sentido nada parecido a eso que muchos identifican como amor.

La franqueza de esta declaración dejó atónita a Martha. Los hombres no acostumbraban a hablar con las mujeres del modo que podría interpretarse como indecoroso, pero al mismo tiempo increíblemente honesto. A pesar de ello, a Martha pareció agradaarle esta respuesta, confirmándole con ello que se trataba de un hombre en el cual podría confiar porque no temía decir lo que pensaba.

—Algún día lo sabrá —aseguró Martha antes de proseguir con su historia—. Mi esposo y yo nos conocimos en circunstancias inusuales. No tengo ninguna duda a la hora de afirmar que nos amamos desde el primer momento en que nos vimos, y mi esposo también pensaba lo mismo. Aun así, esta es oficialmente la primera vez que alguien además de nosotros conocerá nuestra historia. Digamos que algunos aspectos de esta historia resultan inapropiados y por eso mi esposo inventó para el resto del mundo una historia aburrida sobre cómo nos conocimos, con la finalidad de salvaguardar mi honra y evitar cualquier comentario malintencionado en mi contra. Sé que no hace falta recalcarlo, tratándose de un detective, pero le pido absoluta discreción y confidencialidad.

—No tiene de qué preocuparse —reafirmó Jericho—. Esta habitación es como un confesionario. Nadie sabrá ni una sola palabra de lo que se diga acá. No por mi boca. Hable sin miedo.

—Muchas gracias por darme su palabra, detective —correspondió Martha—. Trataré de resumir la historia tanto

como me sea posible, pero tal como usted mismo sugirió, no quiero pasar por alto ningún detalle.

La historia era la siguiente: Martha y Henry se conocieron después de la Segunda Guerra Mundial durante un baile de disfraces en el cual los invitados llevaban máscaras de todo tipo. Martha trabajaba como enfermera y junto con un grupo de amigas se pusieron de acuerdo para ir a la mencionada fiesta, la cual se anunció durante semanas de antelación, a efectuarse dentro del gran gimnasio de una universidad local. Martha y sus amigas llegaron al acabar sus turnos, por lo que el evento había comenzado y la mayoría de las mujeres allí presentes ya tenían una pareja con la cual bailar, compartir una copa, dar un paseo en los alrededores del gimnasio o incluso desaparecer sin que nadie lo notara.

Según lo narrado por Martha, aquel era el tipo de acontecimiento donde todo era permisible siempre y cuando conservaras puesta tu máscara. Martha llevaba un antifaz dorado y paulatinamente fue quedándose sola cuando sus amigas se encontraron con otros hombres con los cuales acordaron con anterioridad aprovechar el evento para escabullirse sin problemas. Al contrario de ellas, Martha no salía con nadie pese a ser la más guapa de sus amigas, ya que se crio en un ambiente conservador. Esta era la primera vez que asistía a una fiesta como aquella, así que se sintió incómoda cuando miró a su alrededor y le perdió el rastro a sus amigas. Fue justo entonces cuando un hombre salió a su encuentro para preguntarle si estaba sola. Era Henry, el hombre que se convertiría en su futuro esposo, pero llevaba una máscara que cubría su rostro por completo. Su máscara era distinta a la del resto de los invitados, era llamativa y dejaba una impresión imborrable: roja y con unos pequeños cuernos en la frente, remitiendo a la imagen del diablo. En las ranuras destinadas para la visión brillaban dos ojos azules y seductores.

—Tenía una voz cavernosa —refirió Martha—. Al escucharla no era dueña de mí misma. Sus ojos tampoco me daban alternativa de oponer resistencia. Solo me dijo «Te he observado desde que entraste. Esperaba el momento de acercarme a ti. ¡Ven conmigo!».

—¿Y te fuiste con él? —preguntó Jericho, aunque infería que la respuesta era afirmativa—. Fuiste valiente. Pudo haber sido alguien que quería hacerte daño.

—Sí, tenía mucho miedo en realidad —confesó Martha—. Pero nunca antes había tenido una experiencia tan excitante. Me condujo a una laguna detrás de la universidad. Fue allí donde me tomó como su mujer y perdí mi virginidad. No nos quitamos las máscaras y, amparados por la noche, apenas distinguimos el aspecto de nuestros cuerpos. No nos importó.

Al declarar esto Martha bajó la mirada, ruborizada, pero con una sonrisa en el rostro. El recuerdo seguía produciéndole sensaciones capaces de hacerle olvidar sus tribulaciones actuales. Ante la evidencia de este placer añorado, Jericho también sonrió y por un instante sintió una punzada de un sentimiento parecido a la nostalgia, solo que era como si extrañara algo que nunca había tenido, el hecho de no albergar un recuerdo con el cual abrigar una melancolía como aquella.

—Entonces, ¿se casaron después de ese encuentro? —inquirió Jericho—. ¿Se quitaron las máscaras al finalizar?

—No, nunca nos las quitamos esa noche —explicó Martha—. Tampoco dijimos nuestros nombres. Todo parecía destinado a un encuentro furtivo después del cual no nos volveríamos a encontrar. Sin embargo, luego de que nos vestimos él me dijo: «Prometo que te volveré a encontrar». Y lo cumplió. Dos semanas después se presentó en mi casa para pedir mi mano. Lo reconocí de inmediato por sus ojos, pero luego su voz me confirmó definitivamente que era él. El asunto es que Henry ya me había visto en otras oportunidades. Una vez lo atendí como enfermera, pero yo no lo re-